

grande alarma, fué con Ayen á reunirse á madama de Pompadour, para que ésta les explicase el enfadoso embrollo producido en la fiesta de la marquesa de Coislin.

XXIII

DONDE LA VISTA DE UN ESPECTRO VIVO OCASIONA
UNA MUERTE

En cuanto los dos jóvenes se marcharon del castillo de Chevreloup, empezaron á vaciarse los salones de la señora de Coislin.

Ya hemos dicho que la tristeza sucedió á la alegría, y, no ofreciendo ya ningún atractivo la fiesta, se iba la gente.

Y se iba tan rápidamente, que, al cabo de media hora, de los numerosos concurrentes que hemos visto en el sarao, no quedaba más que uno, perdido, por decirlo así, en la inmensa sala que se había erigido en salón principal.

Este último de todos era el hombre del antifaz escarlata.

La castellana, algo despechada por el fracaso de aquella noche, pero creyéndose ya libre de sus deberes

de ama de casa, iba á volver á sus habitaciones cuando lo divisó en el fondo del salón, inclinado contra una ventana y mirando al cielo, como si lo estuviera examinando.

— ¡Tate! — dijo la Coislin, reconociéndolo por el disfraz; — ese es el astrólogo que he visto varias veces esta noche y que no ha dejado de pasearse, sin detenerse nunca en parte alguna. Es un personaje raro, según me parece. Siempre que me he cruzado con él, le he visto mirarme con insistencia extraña, que me molestaba en cierto modo: creyérase que trataba de escrutar el fondo de mi alma.

Pero ¿qué hace ahí? ¿Consultará, por casualidad, los astros? En medio de todo, estaría en su centro.

Cuando acababa este monólogo, volvióse el desconocido, y, viendo á su vez á la marquesa, se acercó á ella, hizola un profundo saludo y se retiró lentamente.

De nuevo había notado la Coislín aquella mirada escrutadora cuya insistencia la hizo estremecerse.

— Ese hombre tiene malos ojos — murmuró. — En mi país dicen que esas gentes son de mal agüero, y no me extrañaría que me ocurriese pronto algo desagradable.

Muy pensativa, subió á su cuarto.

El astrólogo salió de los salones, en donde empezaba á reinar oscuridad, pues los criados iban apagando las arañas; pero, una vez en el jardín, en vez de encaminarse hacia la verja de salida, nuestro hombre dió la vuelta al castillo, llegó á la fachada posterior y

se ocultó en un bosquecillo de verdura, con los ojos dirigidos á la parte media del edificio.

En el segundo piso de esa fachada es donde se hallaba el oratorio de la marquesa.

— ¿Qué misterio se cierne sobre esta morada? — se dijo á media voz. — Mientras estaba yo en la ventana, he oído un llamamiento de arriba, una especie de grito de angustia, ¡podría jurarlo!

Es menester que yo sepa lo que esto quiere decir. Tanto más, cuanto que he notado en la señora de Coislin los signos característicos de persistente obsesión y he distinguido, entre sus cejas, cierto estigma que nada bueno me anuncia para ella. Esperemos pues que se nos dé la clave de este misterio.

Al entrar en su cuarto, la marquesa había mandado que la desnudaran y se pasó un ligero traje de noche que dejaba al descubierto sus brazos y su garganta y cuyos anchos pliegues, que flotaban en torno del cuerpo, le daban la ilusión de estar, como las diosas, libre de todo velo. Luego, demasiado agitada para entregarse al descanso, tumbóse en un sofá, en donde pensaba en los distintos incidentes de la noche.

Recordó primero la constante preocupación que tuvo por la muerte de Zeno, no obstante los esfuerzos que hizo para rechazarla.

Antojábasele ver en ello un presagio de mal augurio.

Luego se acordó del individuo de la careta roja y de su indagadora mirada que tanto la turbaba.

— ¿Quién puede ser ese hombre? — se preguntaba, — ¿y por qué me miraba así?

Como no le era posible darse una respuesta, se puso de mal humor, murmurando :

— Estas fiestas de disfraces tienen sus inconvenientes... ¡Ni siquiera sabe una á quién recibe!... porque, mediante la máscara, cualquier bribón puede hacerse pasar por gentilhomme.

Satisfaciendo con esas palabras el odio que tenía al astrólogo, sus pensamientos se dirigieron á otros asuntos y, al fin, llegó á recordar la rara aventura que había terminado su recepción.

Lo mejor para ella es el que de todo ello resultaba la permanencia de Luisa en el Parque de los Ciervos.

¡Ah! Si gracias á esa niña pudiera ser ella la favorita oficial!

¡Qué triunfo!

Y empezó á pasar revista á todas las ventajas que llevaba en sí ese cargo.

Y pensando en tomar la sucesión de la Pompadour permaneció largo rato.

Luego, poco á poco, amodorróse y acabó por hallarse en un estado muy próximo al del sueño.

Así transcurrieron dos horas.

Todo era sombrío y silencioso en el castillo, y la única luz que había aún era la de una lamparilla que ardía en el cuarto en que se hallaba la marquesa.

Este cuarto era el que daba acceso al oratorio en donde, como se recordará, había encerrado el cadáver del caballero Zeno.

Sería próximamente la una de la mañana.

De pronto, la Coislín fué sacada de su adormeci-

miento por un ruido seco que se oyó junto á ella, ó, á lo menos, á poca distancia.

Sobresaltóse y, asustada, abrió en seguida los ojos para saber la causa.

Pero nada vió que pudiera satisfacerla.

Como el ruido le había llegado á través del entorpecimiento de su imaginación, no hubiera sabido determinar exactamente su naturaleza ni indicar el lugar de donde había salido.

Sin embargo, figuróse que se parecía al crujido de un mueble y que procedía de detrás de ella.

No contenta con inspeccionar el cuarto con la mirada, levantóse y empezó á recorrerlo en todos sentidos, esperando descubrir así lo que lo había provocado.

Fué tiempo perdido.

Cansada de mirar y acabando por creer que había padecido una alucinación, disponíase á volver á su sitio, cuando un choque muy rudo resonó en la pared interior de la puerta del oratorio, como si tratasen de empujarla violentamente de dentro afuera.

No hubiera experimentado la Coislín mayor sacudida ante el contacto de una botella de Leyden cargada exageradamente, que la que experimentó al oír el choque.

Inmóvil de pronto en el lugar en que se encontraba, con los ojos demesuradamente abiertos por indecible espanto y los cabellos erizados, parecía la propia estatua del terror.

¿Qué ocurría, pues, en su oratorio, y quién podía golpear de aquel modo en la puerta?

No era Zeno; puesto que estaba muerto y muy muerto, como ella se había asegurado al arrastrar hasta allí su cadáver.

Luego ya que no era él, ¿sería, acaso, su alma, su espíritu?

Ante esa idea, helábasele la sangre en las venas.

Supersticiosa en exceso, creyendo firmemente en fantasmas y aparecidos, pensaba que el caballero iba á aparecérselle bajo forma fantástica.

Prodújose un nuevo choque, seguido de otros varios, cada vez más vigorosos.

Á cada uno de ellos, veía la puerta pronta á ceder bajo el esfuerzo que la empujaba y, su miedo se trocaba en espanto.

De repente, á un nuevo impulso más enérgico que los anteriores, saltó la cerradura, y la puerta se abrió del todo, chocando estrepitosamente con la pared.

¡En el umbral del oratorio, apareció el caballero!...

Aunque en el momento en que Zeno había caído como herido por un rayo á los pies de la marquesa, revisiera su cuerpo todas las apariencias de la muerte, había quedado en él latente la vida.

El largo alfiler, al atravesarle los tejidos carnosos de la nuca, no había lesionado ningún órgano esencial, como creía la señora de Coislín; pero como había herido la base del cerebro, resultó un síncope súbito y tan completo, que la marquesa se había equivocado, tomándolo por cesación de la existencia.

En realidad, no era más que una parálisis momentánea de todo el organismo, cuya principal consecuencia

fué la detención aparente de las funciones del corazón.

Largo rato permaneció el veneciano en ese estado de insensibilidad absoluta. Pero, hacia la mitad de la fiesta, empezando á restablecerse de nuevo la circulación de la sangre, reanimóse poco á poco y acabó por recobrar del todo el conocimiento.

Grande fué su asombro al hallarse en plena oscuridad, tendido cuan largo era en el suelo.

No obstante, volviéndole la memoria, no tardó en recordar el desenlace que había tenido su discusión con la Coislín y adivinó poco más ó menos lo ocurrido luego.

— ¡Per Dio! — juró entonces, — la bribona, suponiendo que me había enviado *ad patres*, me ha arrojado ahí como un fardo, con la intención, sin duda, de hacer desaparecer mañana mi supuesto cadáver.

Afortunadamente, todavía soy de este mundo, ¡*San Pietri-Polo!* y espero demostrárselo pronto.

Después, pensó en seguida en Luisa.

¿Habría ejecutado la marquesa su proyecto y habría tenido éste el resultado que ella esperaba?

¿Cómo saberlo?

Acostumbrándose gradualmente su vista á la oscuridad que le rodeaba, llegó á darse cuenta del lugar en donde estaba.

El reclinatorio, cuyo contorno se perfilaba en la oscuridad, no le dejaba duda alguna sobre ello.

Levantóse, no sin gran dificultad, pues sentía debilidad extremada, por efecto de la larga rigidez en que habían permanecido sus miembros.

Más allá del reclinatorio, divisaba una mancha clara.
Era la ventana.

Dirigióse hacia ella, apoyándose en las paredes para no caer.

Parecíale ahogarse en aquella cárcel y quería respirar el aire exterior para completar su resurrección.

En el camino, encontraron sus manos la puerta, la que reconoció en sus molduras, y observó que estaba cerrada con llave.

En aquel momento no se le ocurrió siquiera intentar echarla abajo.

Tenía aún tan poco vigor, que le estaba vedado todo esfuerzo.

Al llegar á la ventana, la abrió aspirando la fresca brisa de la noche.

Pero sus pulmones, que no habían recobrado del todo su juego, absorbieron de una vez tal cantidad de tan benéfico aire, que experimentó verdadera sofocación y cayó al suelo, donde de nuevo perdió el sentido.

Mas, antes de caer, el instinto le hizo lanzar un desesperado grito de socorro.

Que era el que oyó el hombre de la máscara encarnada.

Pero ahora no padecía Zeno sino un simple desmayo, y aunque había supresión de pensamiento, el cuerpo en cambio vivía normalmente.

Aun permaneció cerca de tres horas en completa inercia y sólo mucho tiempo después de entrar la señora de Coislin en su cuarto, fué cuando salió de ese segundo desvanecimiento.

Ese reposo forzado le devolvió parte de sus fuerzas, lo que notó él con alegría. Habíale sido más saludable que el movimiento.

Entonces resolvió escaparse del oratorio por cualquier medio.

No había más que dos salidas : la ventana y la puerta.

Primero pensó en la ventana, y como ésta se hallaba á la altura de un segundo piso, empezó él á soltar los bordados de las cortinas para utilizarlos á modo de cuerda con objeto de proceder á su bajada.

— ¡ *Diavolo!* — murmuró de pronto, parándose, — ¡menudo salto iba yo á dar, al arriesgarme en la piedra del balcón con esta oscuridad! ¡Menos mal que me ha vuelto la memoria! En efecto, el herrero se llevó esta balaustrada la semana pasada, para añadir adornos artísticos, y todavía no la ha puesto en su sitio... Creo que es mejor salir de aquí por la puerta.

Acercóse á ésta y procedió, primero con la rodilla, á tantearla para ver su resistencia, lo cual produjo el crujido que tanto había intrigado á la marquesa.

Después de este ensayo, reconociendo que no conseguiría hacerla ceder sino por medio de poderosas sacudidas, esperó un instante para reunir todas sus fuerzas y luego se arrojó encima, tomando la mayor carrera posible.

Ya hemos visto el espanto de la marquesa ante este primer choque.

Renunciamos á describir su alocamiento ante los siguientes y, sobre todo, al ver la repentina aparición del caballero.

Aquello rayaba en demencia.

Zeno ignoraba que ella estuviese allí, pues los pocos pasos que dió la marquesa por el cuarto fueron apagados por una espesa alfombra que cubría el suelo.

Casi se alegró al verla.

De ese modo iba á saber inmediatamente la suerte de Luisa, que ya estaría con seguridad decidida; puesto que la presencia de la marquesa en el cuarto le indicaba que había concluído la fiesta.

— ¿Qué ha hecho usted de mi hija, señora? — le preguntó con imperioso tono.

La Coislin oyó la pregunta; pero antojósele que la voz del caballero tenía una resonancia particular, cual si saliera de debajo de la tierra.

En realidad, el sentido del oído, fuertemente alterado en ella por la perturbación cerebral en que se hallaba, no le había dejado percibir sino un sonido muy atenuado, apenas distinto.

Del mismo modo, su vista, afectada por idéntica alteración, le hacía ver á Zeno bajo un aspecto extraño.

Sólo lo distinguía de una manera indecisa, confusa.

El contorno de su persona no le parecía tener líneas claramente dibujadas, sino que se fundían en una especie de vapor ambiente, que las hacía imprecisas, flotantes, por decirlo así.

Esa rara aberración de los sentidos es un caso patológico muy conocido de los hombres del arte.

Sobreviene con frecuencia á causa de un espanto exagerado, como el que sufría la marquesa, ó de cual-

quiera otra conmoción moral bastante violenta para perturbar el mecanismo de los órganos.

La doble ilusión que padecía la señora de Coislin confirmábala en la idea de que tenía ante sí un ser sobrenatural.

En ese caso, ¿á qué responder?

Además, aunque hubiese querido hacerlo, le era imposible; su garganta desecada hubiérase negado á dejar pasar el menor sonido.

Su silencio irritó al veneciano, que reiteró la pregunta acercándose á ella.

Pero, á medida que él avanzaba, retrocedía ella, paso á paso, con una rigidez que tenía algo de automática.

El continuo temblor de sus pupilas denotaba el terror que la dominaba.

Al principio, no había notado el caballero el trastorno producido en ella. Ahora que lo veía, se preguntaba la causa.

De pronto se dió cuenta: ¡le tomaba por un espectro!

Y entonces, en vez de disipar su error, trató, por el contrario, de sumirla más en él, creyendo que así la haría confesar más fácilmente lo que deseaba saber.

Y continuó:

— ¡Sí, señora, yo soy!... yo, á quien usted ha asesinado, y que vuelvo expresamente del mundo de los espíritus para preguntarle: ¿Qué ha hecho de mi hija?... ¡Hable!...

Y siguió acercándose.

Ella retrocedió de nuevo, siempre con el mismo paso

de autómeta, que no producía ruido alguno, pues lo apagaba la lana de la alfombra.

— ¿Ha perpetrado usted su crimen — añadió Zeno — ó, á última hora, le ha retenido el remordimiento y ha salvado á su víctima?... ¡Responda, señora!... ¡Hable usted!...

Y continuaba caminando hacia la señora de Coislín, pareciendo empujarla á distancia por una fuerza invisible.

En su evolución, la marquesa había dado vuelta al sofá, y ahora se hallaba al lado del oratorio, hacia el cual se dirigía retrocediendo.

— ¡Por Dios, señora, conteste! — gritó el caballero, cada vez más irritado por su mutismo, — ¿en dónde está mi hija? ¿Una palabra, una sola palabra, que me diga lo que ha sido de ella?

Y esperando alcanzarla para obligarla á darle una respuesta cualquiera, corrió hacia ella, aunque se saliese de su papel de aparecido.

No tuvo tiempo de franquear la mitad del camino que los separaba.

Saltando, por decirlo así, hacia atrás, con una agilidad de la que no se la hubiera creído capaz en aquel momento, desapareció la marquesa en el oratorio, se lanzó á la ventana abierta y saltó á la piedra del balcón.

Zeno tuvo un momento de cruel ansiedad.

— ¡Deténgase, señora, deténgase! — gritó. — ¿Se olvida de que ya no tiene barandilla el balcón?

Y á su vez se precipitó para retenerla.

La marquesa no oía nada. Sus desnudos brazos, saliéndose de la vaporosa tela de su traje de noche, se tendieron hacia él con gesto de repulsión y de horror, sus talones pasaron del borde de la piedra, y, lentamente, la parte superior de su cuerpo se arqueó como atraída por el vacío; luego, de pronto, desapareció en la oscuridad, con la garganta contraída por un estertor de agonía.

Ahora era Zeno el aterrorizado.

No preveía un resultado tan horroroso.

Tras un instante de estupor, acostóse en la piedra del balcón y, boca abajo, para evitar el vértigo, miró al suelo.

La marquesa yacía en tierra, en una masa blanca, confusa é inmóvil.

Bajó Zeno al jardín, y en un segundo se encontró en el sitio en que ella había caído.

Mas, por muy rápida que fué su carrera, se le había anticipado un hombre que, colocado junto á la cabeza de la marquesa, la levantó y la examinó atentamente.

Era el astrólogo.

El caballero estaba demasiado emocionado para pensar en preguntarle por qué casualidad se encontraba allí, y sólo le dijo:

— ¿En qué estado está?

— ¡Muerta! — contestó el desconocido.

— ¡Muerta!

— ¡Sí, se ha abierto el cráneo!

— ¡Qué desgraciada! No he podido llegar á tiempo para retenerla.

El desconocido volvió á dejar reposar en el suelo la cabeza de la marquesa, y se levantó murmurando :

— Tampoco esta vez me ha engañado el signo fatal.

Ambos hombres permanecieron silenciosos uno frente á otro.

— ¿Qué decide usted? — preguntó el astrólogo, tras una pausa de algunos minutos.

— No... sé — balbuceó. — Habría que avisar inmediatamente á las gentes del castillo.

— No es esa mi opinión — replicó el desconocido. — De avisar á la servidumbre, habría que darle detalles sobre el suceso, lo que daría lugar á muchos comentarios. Es, pues, mejor que la cosa quede entre nosotros hasta nueva orden.

— Sin embargo, no podemos dejar toda la noche ahí ese cadáver.

— Claro que no ; por eso vamos á transportarlo arriba.

— ¿Nosotros?

— Nosotros mismos... ¿Ve usted en ello algún inconveniente?

— El único que veo es mi repugnancia á tocar muertos.

— ¡Pues bien! Hay que vencer esa repugnancia; vamos, ayúdeme.

El astrólogo había cogido ya á la marquesa por los hombros.

Zeno no se atrevió á hacerse rogar más y, por su parte, la cogió por los tobillos.

Luego, caminando ambos con precaución, subieron

el cadáver hasta el cuarto de la Coislín, depositándolo en el mismo sofá en que, un cuarto de hora antes, descansaba ella llena de vida.

Hecho esto, el astrólogo condujo á Zeno á un cuarto contiguo y le dijo :

— Ahora, cuénteme lo ocurrido.

El tono de autoridad con que fueron pronunciadas estas palabras sorprendió al caballero, quien notó entonces lo anormal que era la presencia de un extraño en Chevrelop, cuando reinaba allí absoluta soledad.

— Pero, permítame, caballero — replicó. — Ahora caigo en que todavía no se me ha ocurrido preguntarle...

— ¿Quién soy y qué hacía en el castillo á estas horas? — interrumpió el hombre del antifaz encarnado. — No tardará usted mucho en saberlo. Cuénteme primero por qué se ha arrojado por la ventana la marquesa.

El caballero se sintió dominado por el acento de mando del misterioso personaje y se decidió á satisfacerle.

— Para que comprenda usted exactamente la manera de tener la señora de Coislín tan fatal caída — dijo, — debo previamente enterarle de varios hechos cuyo relato será un verdadero tormento para mí, porque le demostrarán lo que yo era aún hace dos días, esto es un ser abyecto y digno de todo desprecio.

— ¿Lo que era usted? ¿Habría usted cambiado por casualidad, caballero Zeno? — observó incrédulamente el astrólogo.

— ¡ Oh ! ¡ sí !... pero ¿ me conoce usted ?

— Ya hace diez y ocho años... y no es para mi una gloria conocerle, se lo aseguro.

El caballero iba de nuevo á inquirir la identidad de su interlocutor, cuando una mirada penetrante de este último detuvo la pregunta en sus labios.

Zeno empezaba á tener miedo.

— Los hechos de que voy á hablar — continuó — son los siguientes : la marquesa y yo habíamos tramado raptar...

— Del convento de Picpus, una huérfana llamada Luisa Moutier, con objeto de entregarla al rey. ¿ Eso es lo que quiere usted decir, supongo ?

— En efecto ; ¿ cómo lo sabe ?

— Poco le importa ; el caso es que lo sé. También sé que esa huérfana ha sido raptada y traída á este castillo. ¿ Qué más ?

Al oír al desconocido, experimentó Zeno una sorpresa idéntica á la de Enrique y Romualdo, cuando se desarrolló entre él y éstos una escena análoga.

— ¿ Que qué más ? Si pudiera usted sospechar á quién he reconocido en esa señorita de Moutier...

— Me lo figuró ; se parece mucho á su madre.

— ¡ Ah ! ¡ no me había engañado mi corazón !... ¡ Es mi hija ! — exclamó el caballero.

— La misma... la hija de la que fué Marina Moutier.

— Estaba seguro ; pero lo que usted me dice acaba de convencerme. Lo desgraciado es que como ese parecido no lo noté la primera vez que la ví, no he descu-

bierto hasta tenerlo aquí, lo que éramos uno para el otro...

— ¿ Por qué es eso lo desgraciado ? Supongo, al contrario, que se habrá usted alegrado, pensando que si el rey tomaba á la hija, indemnizaría ampliamente al padre.

— ¿ Qué se atreve usted á decir ? — rugió Zeno agarrando la muñeca de su interlocutor y apretándosela casi hasta romperla — ¡ Un padre entregar su hija !... Muchas cobardías he cometido en mi vida ; á veces he sido muy miserable ; pero ¡ nunca ! ¡ nunca ! ¿ lo oye usted ? — nunca se me ocurriría perpetrar semejante crimen.

Ante esa indignación de Zeno, los ojos del desconocido lanzaron un rayo de alegría.

— ¡ Bravo ! ¡ caballero, bravo ! — aprobó calurosamente — ¿ Eso le rescata á mis ojos y me hace olvidar lo que ha sido usted antes !

Ahora su voz vibraba con simpatía.

— ¿ Qué ha hecho usted, entonces ? — preguntó.

— ¿ No se lo figura usted ?

Y Zeno comunicó al astrólogo su resolución de emplear todos los medios posibles para sustraer á Luisa de la infamia á que al principio la destinaba. Le enteró de su discusión con la marquesa y de sus consecuencias.

El desconocido le escuchó atentamente.

Cuando hubo acabado, le dijo :

— Gracias por los datos que me ha dado usted ; me eran necesarios. Ahora voy á contestar á una de sus

preguntas, la que se refiere á mi presencia en el castillo á una hora indebida.

Yo era uno de los invitados de la señora de Coislín, ó, por mejor decir, uno de sus huéspedes; puesto que me he invitado yo mismo á la recepción.

Ahora, bien, muy observador por naturaleza, así que llegué, noté que la marquesa se dejaba llevar á veces por movimientos nerviosos, que correspondían con una repentina alteración de su fisonomía, cual si la invadiera súbitamente viva inquietud.

Eso duraba apenas un segundo, y seguramente pasaría inadvertido á los ojos de los indiferentes.

Pero yo, á causa de ese don de observación de que estoy provisto, notaba en seguida esos signos de constante preocupación y me preguntaba su causa.

Lo que concentraba también en ella mi atención era una ligera mancha rosada formada entre sus dos cejas, casi en el nacimiento de la nariz.

Esa mancha era para mí un pronóstico fúnebre.

Indicábame que la marquesa estaba expuesta á una catástrofe inminente.

En efecto, siempre he visto aparecer semejante estigma en personas amenazadas de próxima muerte.

¡ Hablo de muerte violenta !

Todas estas cosas reunidas me hacían, pues, someter á la señora de Coislín á una especie de inquisición moral y, varias veces, mis miradas trataron de leer en lo más profundo de su pensamiento.

Por desgracia, pasó el tiempo sin que yo pudiera satisfacer mi curiosidad, y habiendo terminado la

fiesta, iba á retirarme como todo el mundo, cuando, estando junto á una ventana abierta, oí un grito, una especie de quejido.

— La llamada que hice antes de mi desmayo — observó Zeno.

— Así parece... Pensando entonces que debía de haber correlación entre ese quejido y la preocupación de la marquesa, y quizás también con la mancha rosada, en vez de marcharme, no hice sino un simulacro de irme, y me quedé en el castillo esperando los acontecimientos.

Eso le aclarará ya un punto.

En cuanto á saber quién soy... se lo diré fuera de aquí, pues me le llevo á usted.

— ¿ Que me lleva ? — articuló tímidamente el caballero.

— Sí; ¿ querría usted quedarse en Chevreloup después de la siniestra tragedia que acaba de representarse ?

Zeno reflexionó medio minuto.

— No; es verdad — dijo; — eso me es imposible.

— Va usted, pues, á acompañarme. Yo he sido enemigo suyo; aun lo era hace un instante; pero, desde ahora, si ha dicho usted verdad, soy su amigo; pues la generosa conducta que ha guardado con Luisa Moutier borra para mí todo su pasado.

— Á propósito, ¿ y ella, Luisa ? nada me ha hablado usted. ¿ Habrá conseguido la Coislín entregarla al rey ? ¡ Oh ! ¡ si así fuera !... Usted, que estaba presente, dígamelo pronto...

— Lo que respecto de esto tengo que decirle, exige largo desarrollo. Sepa solamente que nada tiene usted que temer por ella... Creo podérselo asegurar. Ahora, ¡vámonos! Antes de mucho estará usted enterado de cuanto la concierne.

— Sin embargo .. — insistió Zeno — una sola palabra hubiera bastado...

— Ya se la he dicho : no corre peligro alguno Luisa ; es lo principal.

¡Ea! venga usted ; pronto va á amanecer y no conviene que nos vean salir de esta morada. Mañana me cuidaré del entierro de la marquesa y buscaré el modo de explicar su muerte.

Y el astrólogo hizo salir al caballero, y ambos se encaminaron á pie por la carretera de Roquencourt, en donde necesitaban tomar un carruaje.

XXIV

EN DONDE AL FIN VUELVEN Á APARECER FELIPE DE
LAGARDÈRE, COCARDASSE Y PASSEPOIL

El duque Felipe de Lagardère-Nevers, acompañado de la duquesa, su mujer, regresó á París á la mañana siguiente de aquella fiesta tan fértil en acontecimientos.

La condesa Aurora de Lagardère, su madre cariñosa, había muerto dos años antes en sus brazos, por lo cual Felipe tuvo que ir varias veces á Lorena para arreglar asuntos de la testamentaria. Ahora, estando ya todo concluido, apresuróse á volver á Francia y á emprender el camino de la capital.

Y decimos « volver á Francia » intencionadamente. En efecto, Lorena permanecía aún bajo el gobierno de Estanislao Leczinski, padre de la reina, á quien fué cedida en 1738, por el duque Francisco III, esposo de la célebre María Teresa de Austria.